



XXIV In Memoriam 21 de febrero de 2024

Intervención de Sara Buesa

Vicepresidenta de la Fundación Fernando Buesa Blanco Fundazioa

Y al volver la vista atrás podemos ver la senda que hemos recorrido. El camino de nuestra vida, que comenzó en la lejanía de nuestra infancia, cuando abrimos los ojos a nuestro entorno y comenzamos a dar nuestros primeros pasos de la mano de nuestros padres. Un sendero que se adentra en las montañas de nuestra tierra, construido con piedras de nuestro hogar, nuestra escuela, nuestro barrio.

Equipados con una mochila llena de infinidad de vivencias y emociones, a lo largo de los años cada uno de nosotros hemos ido recorriendo y desbrozando nuestro propio camino. A menudo en compañía de familia y amistades. A veces bajo el cielo azul, caminando con paso firme y confiado. Otras veces bajo la tormenta, empapados por la lluvia, con frío y miedo. Siempre, viviendo experiencias que han ido llenando nuestra mochila, esa mochila que nos hace ser quienes somos y que ha guiado nuestros pasos hasta donde estamos ahora.

Hace poco escuché que heredar es sentirse parte de un camino. El bagaje de nuestra mochila nos abraza y nos da seguridad. Sin ella nos sentiríamos desnudas y perdidas. Al mismo tiempo, todo lo que llevamos encima, muchas veces sin ser conscientes de ello, es un peso que nos lastra.

A veces hay que limpiar la mochila: abrirla, sacar todo lo que hay dentro, conservar aquello que es valioso para nosotros, desprendernos de las cosas que ya no tienen cabida en nuestras vidas, aligerar la carga y liberar espacio para incorporar algo nuevo.

Mi mochila, al igual que la de tantas otras víctimas, contiene una herida profunda y dolorosa, que reposa en el fondo como rescoldos de un fuego que a veces se reaviva. Como el pasado mes de octubre, cuando el panteón donde descansan las cenizas de aita fue profanado. Como un latigazo volvieron a mí imágenes, recuerdos y emociones del pasado:

La crueldad de aquella acción me conectó con la inhumanidad de los mensajes de odio y amenaza hacia su persona en las calles encarteladas.

La imagen de su tumba mancillada me llevó a la del féretro cerrado en la capilla ardiente cuando le mataron.

La ausencia de una condena unánime me retrotrajo a algunas de las reacciones tras su asesinato:

- La manifestación de repulsa, en la que una parte de la sociedad no estaba y quienes estuvieron no podían estar más divididos.
- El desgarrador comunicado de ETA que reivindicaba su asesinato, acusándole de ser *un enemigo acérrimo, que sustentó toda su carrera en el odio y la opresión hacia Euskal Herria, que odiaba el euskera y todo lo vasco, que trabajó a la sombra de las fuerzas armadas españolas, reiterando llamamientos para detener y torturar a jóvenes vascos y para crear un nuevo GAL.*

- Las justificaciones y los dolorosos silencios, que todavía persisten.

La insensibilidad y el frío helador cercaron de nuevo mi corazón.

Pero eché mano de otras cosas que llevo en mi mochila: todo el amor que he recibido, compartido y cultivado a lo largo de mi vida. El amor de mis seres queridos, el amor a la vida, el amor que me conecta con toda la humanidad. Con él hice un escudo y me repetí a mí misma como un mantra: *“Que el hielo no penetre en mi corazón. Que nunca pierda la sensibilidad ante el dolor ajeno”*.

El trauma ha marcado mi vida y el daño nunca desaparecerá. No es posible dejar de ser víctima. Pero yo no soy sólo eso. Soy también y sobre todo lo que he hecho con mi dolor: intentar transformarlo en algo constructivo. Precisamente de mi experiencia de sufrimiento nace una profunda convicción de no desear ese mal a nadie, y una intención de desterrar la violencia y sembrar semillas de paz. Día a día me esfuerzo por mantener un corazón limpio y desarrollar una mirada más humana y compasiva. Trato de poner mi granito de arena para tejer vínculos y construir convivencia entre diferentes. Este es un proceso en el que me siento en permanente aprendizaje y evolución. No siempre es fácil, pero la determinación también forma parte de mi mochila.

Quienes ejercieron la violencia tampoco pueden dejar de ser esas personas que amenazaron, secuestraron, torturaron y mataron. No pueden borrar lo que hicieron ni el dolor que provocaron. Convivirán con ello toda su vida.

Pero, del mismo modo que las víctimas no somos sólo lo que nos pasó, tampoco las personas que cometieron crímenes son sólo eso que hicieron. Al igual que yo soy lo que hago con mi dolor, también ellos son lo que hagan con el daño que causaron.

Pueden escoger tratar en vano de eludir su responsabilidad, aferrarse a la épica de sus acciones, o hacer suyo el dolor que causaron.

Yo no quiero que mi sufrimiento sea un arma arrojada contra nadie. Anhele que las personas que asesinaron a Aita y Jorge conecten con mi dolor porque necesito reparación, y también para despertar algo en ellas. No van a encontrar odio y rencor en mi mirada. Yo busco encontrar empatía en la suya. No se trata de que se vean retratados como monstruos. Todo lo contrario, se trata de darles un voto de confianza, de poner en valor que tienen capacidad para ser personas sensibles y compasivas. Subrayar que pueden dejar atrás la lógica de la violencia en la que han estado atrapados, resurgir de las cenizas del sufrimiento más humanos y poner su experiencia al servicio de una convivencia sin violencia.

Todas las personas tienen algo bueno en su interior, sólo es cuestión de dar espacio para que surja. Mi dolor es una mano tendida a la esperanza, la redención y la reconciliación.

En cuanto a quienes apoyaron y justificaron la violencia, o fueron condescendientes con la misma, quiero pensar que una mayoría apuesta por un presente y un futuro distintos, en el que la agresión al diferente no tiene cabida. Pero el oscuro pasado se mantiene encapsulado, congelado, como algo que quedó atrás, que no se quiere mirar ni revisar.

Vandalizar la tumba de Aita fue inhumano y cruel, pero la crueldad máxima fue haberlo asesinado hace 24 años.

Todavía no queda claro en este país si matar es cometer un crimen o defender una idea. O si depende del contexto, del fin, o de quienes sean los que mueran.

Yo no quiero que esa sombra quede en la ambigüedad para mis hijos. Matar, secuestrar, torturar, amenazar y extorsionar, está mal. Estuvo mal y no debió haber sucedido nunca.

Todas las personas que fueron víctimas de esas acciones merecen reconocimiento y reparación. Dice Reyes Mate que dejar hablar al sufrimiento es condición de toda verdad, y que quien entiende a una víctima debe ser capaz de entenderlas a todas. Ojalá seamos capaces de llegar a respetar y comprender el dolor y de encontrar la coherencia en nuestras convicciones.

La convivencia durante décadas con la violencia impregnó y contaminó la atmósfera de nuestra sociedad, condicionando nuestra visión del mundo, nuestras actitudes, nuestra forma de expresarnos y relacionarnos.

Los vestigios de todo aquello siguen presentes, aunque no nos demos cuenta, como partículas en el aire que respiramos. El dolor es nuestra herencia colectiva. Nos constituye, es lo que somos y lo tenemos que integrar.

Obviarlos no es una opción. Somos como eslabones de una cadena que se transmite y se proyecta hacia el futuro. Esa transmisión de lo que llevamos dentro se va a producir, sea de forma consciente o inconsciente. Lo que hagamos y lo que no hagamos tendrá un impacto en la sociedad vasca futura y en las nuevas generaciones.

¿Qué queremos proyectar como legado cívico al futuro de nuestra sociedad? ¿Trauma, sufrimiento, heridas sin sanar y vínculos rotos? ¿O aprendizajes de vida inspiradores y puentes para la convivencia que nos permitan construir un sentido de comunidad?

Os invito a reflexionar juntas sobre esto, y lo vamos a hacer de una manera vivencial.

Para ello, voy a necesitar un poco de ayuda aquí arriba. Me gustaría invitar a subir al escenario a mi hermana Marta y a nuestros invitados especiales de hoy: Juan Benito y Ana Hidalgo, familiares de Rodolfo Benito, asesinado el 11 de marzo de 2004 en Madrid. Este año se cumplen 20 años de aquellos atentados tan brutales, por lo que es un momento especial para recordar a todas las personas que fueron víctimas en ellos. Otro tipo de terrorismo, pero un mismo dolor en el que nos sentimos muy conectadas. Además, la Fundación Rodolfo Benito Samaniego es para nosotros una Fundación hermana en este camino de mantener viva la memoria y cultivar valores de paz. Así que Juan, Ana, es un placer que estéis aquí con nosotros y compartir juntos este acto.

No podemos cambiar lo que nos ha pasado, tampoco lo que hemos hecho, pero podemos decidir qué hacemos con ello. No podemos dejar de ser quienes somos, pero sí podemos escoger ser mejores de lo que fuimos. Podemos poner luz a la oscuridad que existe en nuestro interior y en nuestro pasado y transformarla en algo bello.

Ahora, mirad a la persona que tenéis a vuestro lado. Ella también tiene una vida llena de experiencias, distinta a la tuya, pero también luminosa y bella. Una vida con cosas que vale la pena conocer, de la que puedes aprender.

Quizás podamos atrevernos a desviarnos un poco de nuestro camino y acercarnos al suyo. Tal vez nuestras vidas puedan encontrarse y conectarse.

En la región india de Meghalaya habitan tribus que construyen puentes con las raíces vivas de los árboles. Empleando la corteza del árbol hacen una especie de tubería, en cuyo interior introducen las raíces, que van creciendo y se van redirigiendo conforme crecen, dando forma al puente.

Este sistema de construcción, el único posible en la selva, es muy lento: los puentes vivientes (así se llaman) tardan entre 15 y 30 años en llegar a la otra orilla. Pero son sólidos: viven 500 años, tienen una anchura de varios metros y pueden llegar a medir hasta 50 metros de largo.

Son puentes que se construyen pensando a medio o largo plazo. Muchas personas dedican toda su vida a construir estos puentes que ellas no disfrutarán. Pero lo harán las siguientes generaciones.

Al igual que las raíces vivas de los árboles, nuestras vidas y lo que hemos aprendido en ellas, podrían también entrelazarse para tejer conjuntamente puentes vivientes para el futuro.

Tejer vínculos con personas que están más alejadas es más difícil, requiere esforzarse un poco más, estirarnos, a veces en una postura que nos tensa y nos incomoda. Pero si ponemos nuestra intención, y con toda la potencia de la energía que estamos canalizando a través de esta cadena, tenemos que ser capaces de hacerlo. ¿Lo intentamos?

(Comienza una dinámica con el público asistente usando unos cables luminosos con los que se irán uniendo unos a otros)

Cada una de nosotras a nivel personal podemos transformar nuestra herencia de dolor y oscuridad en luz. Juntas como comunidad tenemos la capacidad de forjar nuestro legado de vida para el futuro.

Ezin dugu aldatu gertatu zaiguna, ezta egin duguna ere, baina erabaki dezakegu zer egingo dugun horrekin. Ezin diogu garena izateari utzi, baina aukeratu dezakegu izan ginena baino hobeak izatea.

Dugun oinaze eta iluntasunezko ondarea ere etorri handiko iturri bihur dezakegu etorkizunean. Eta elkarrekin jaso bizikidetzarako zubiak, komunitate-esanahia eraikitzen lagunduko digutenak.

Mila esker.



@Fundacion_Buesa

#InMemoriamXXIV